

EDUAR.—Comprendo el susto... y agradezco el interés de ustedes: Pero Isabel... ¿por qué llora?

CAT.—¿Por qué llora una mujer?... Eso, amigo Eduardo, cuando los hombres tienen mucho afán por saberlo, se lo preguntan a la mujer misma.

EDUAR.—¿Es consejo?

CAT.—Es...

EDUAR.—Quizás algún día.

CAT.—*(Despreciativa.)*—¿Quizás? Entonces, no fué consejo, fué imprudencia.--*(Quitándole a la mano el papel de la mano.)*—Madre... la nota para la escritura: hace falta la cédula, el nombre del apoderado.

(Eduardo, inmóvil, sonríe: Salomé se acerca o Catalina y juntas leen la nota. Isabel, inmóvil y muy seria, mira a Eduardo y a Catalina. Bonifacio se pelea con Filomena.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es de día, por la tarde.

ESCENA PRIMERA

SALOMÉ, sentada en un gran sillón de cuero a la izquierda. CATALINA, escribe y hace cuentas, a la derecha. A la reja izquierda, sentada y cosiendo, FILOMENA.

SAL.—*(Rezando el rosario.)*—Mater inmaculata...

FIL.—*(Cosiendo siempre.)*—Ora pro nobis.

SAL.—Mater amabilis...

FIL.—Ora pro nobis.

SAL.—Mater admirabilis...

FIL.—Ora pro nobis.

CAT.—Están bien las cuentas, madre.

FIL.—*(Maquinalmente.)*—Ora pro nobis.

SAL.—¿Filomena?...

FIL.—Ora pro...

SAL.—¡Filomena! ¿En qué está usted pensando?

FIL.—En nada...

SAL.—Cuando se reza, debe usted pensar en lo que reza, y no responder de carretilla, que es irreverente...—(A Catalina.)—¿Sale conforme el total del mes?... ¿Mil seiscientas?...

CAT.—Mil seiscientas. Aquí no entran los jornales ni la contribución, que eso es cuenta del administrador.

SAL.—Naturalmente. Pero inclúyelo para sumar las dos partidas.

CAT.—Aún no me la dieron.

SAL.—Pídela. ¿Filomena?

FIL.—Señora.

SAL.—Haga usted el favor de llamar a don Jerónimo.

FIL.—(Se dirige a la izquierda y grita.)—¡Don Jerónimo!

SAL.—Para eso no la hubiese molestado a usted, Filomena.

FIL.—(Avergonzada.)—Usted dispense.

SAL.—Y de gustarme el ruido dentro de casa, hubiera comprado una trompeta, que suena más y se oye mejor.

FIL.—Usted dispense...

SAL.—Haga usted el favor de subir y dar el recado.

(Mutis Filomena por la izquierda.)

ESCENA II

SALOMÉ y CATALINA

SAL.—La educación es tan necesario como el pan.

CAT.—No teniendo hambre...

SAL.—Lo ideal sería que todos llegásemos a la perfección en virtud y en buenos modales, pero ya que esto es imposible de realizar, entre una persona poco limpia en sus negocios y una persona poco limpia... en su persona, elijo a la primera. En sociedad molesta más un defecto que un vicio.

CAT.—Sí... por de pronto los defectos se ven, y los vicios hay que ir a verlos. En la distancia, llevan ya ventaja.

SAL.—Por eso te predico tanto... Un marido, igual a tí en nacimiento y en ideas, podrá darte disgustos...

CAT.—Y yo a él.

SAL.—Bueno es que te prepares... pero no te avergonzaré, y ten muy sabido que cada dos parientes valen por un defecto en las familias bien

avenidas, y en las peleadas cada uno es un vicio.

CAT.—A eso hay que resignarse. Todos tienen parentela.

SAL.—Desgraciadamente. Lo encantador sería un inclusero con título de Castilla.

CAT.—¡Madrel ¿Reniegas de los tuyos?

SAL.—Es un arranque de mal humor, y cuando uno se incomoda se escapan las verdades.

CAT.—¿Has recibido noticias?... ¿O te molesta no recibirlas?...

SAL.—¿Noticias?...

CAT.—El primo Narciso hace dos meses que no escribe.

SAL.—Hoy nos traerá Bonifacio carta suya.

CAT.—Y obligarle a que conteste llevándole la muestra en propia mano...

SAL.—Tú te casas con Narciso, porque debes ser la Condesa de Río fuertes, ¡y lo serás!... pero si después de casados no le haces pagar todos los desprecios...

CAT.—¡Con qué ilusión vamos a la boda, madre! Si es que vamos algún día...

SAL.—¡Iremos! Tú disimula hasta que el matrimonio se efectúe, pero en cuanto firme, desde la sacristía, yo me encargo de mortificarle.

CAT.—No dices lo que sientes.

SAL.—¡Nol... ¡Y que un mequetrefe como ese nos tenga a nosotras!...

CAT.—Que viene alguien, ¡calla! Siete y dos nueve, y tres doce y ocho veinte, y cuatro veinticuatro, y cinco...

SAL.—(Rezando.)—Dios te salve, Reina y madre...

ESCENA III

DICHAS. CAÑAMÓN por la izquierda con FILOMENA que vuelve a coser.

CAÑ.—¿Llamaba, doña Salomé?

CAT.—¿Y tu padre, Cañamón?

CAÑ.—Mal... Tiene muy entrampada su cuenta.

SAL.—¿Cómo, cómo?

CAÑ.—La cuenta de su vida; no las cuentas de la administración.

SAL.—¡Me diste un susto!...

CAT.—¿Está peor?

CAÑ.—Llevó unos cuantos días regular, pero ha vuelto a meterse en la cama.

SAL.—¿Y las cuentas?

CAÑ.—Las traigo.

SAL.—Repásalas tú, hija.

CAÑ.—Esta carrera de abogado que he segui-

do es una ilusión únicamente: hoy no puedo abandonar a mi padre, y mañana si la confianza de ustedes continúa, quizás sea más cuerdo seguir tranquilamente.

CAT.—Aún está muy distante la oportunidad de hablar de eso.

CAÑ.—¡Ojalá!... Factura de la trilladora.

CAT.—(Apuntando).—¿Siete mil?

SAL.—¿Dónde íbamos, Filomena?

FIL.—Donde usted quiera, doña Salomé.

SAL.—¿En Mater admirabilis?

FIL.—Sí, señora. por ahí, admirabilis o amabilis.

CAÑ.—Compra de abonos minerales, mil doscientas.

SAL.—Mater admirabilis...

FIL. Ora pro nobis.

SAL.—Mater creatoris...

FIL.—Ora pro nobis.

CAÑ.—Pago de jornales.

FIL.—Ora pro nobis.

SAL.—¡¡Mater salvatoris!!...

ESCENA IV

DICHOS. ANSELMO por el foro.

SAL.—Pase, don Anselmo.

ANS.—¿Qué tal vamos, señora mía?... A Catalina ya la veo siempre tan hacendosa. ¿Isabelita?

SAL.—Bien.

ANS.—¿Qué tal el joven Cañamón?

CAÑ.—¿Y el señor Mariscal?

ANS.—(A Catalina).—Es una alusión al famoso episodio histórico.

SAL.—Contarlo otra vez, no, ¿eh?

ANS.—¿Lo he contado ya?

SAL.—Y ha perdido algo de su interés.

ANS.—Para usted que lo oye, pero no para mí que lo relato.

SAL.—Para todos.

ANS.—No. El que cuenta sucedidos propios, cree siempre que los cuenta por primera vez.

SAL.—¿Y nuestros asuntos?

ANS.—Cumplidos. Como día primo de mes, esta mañana se repartieron los socorros. A Perfecto González, albañil, Alameda, 21, dos chambras y una enagua.

SAL.—Para la mujer.

ANS.—Exactamente. Pero no estimé correcto preguntar por una dama a hora tan matutina y entregué las prendas al marido... (Aparte a doña Salomé).—Dicen que es el marido...

SAL.—Y yo lo creo.

ANS.—Y yo ídem. A Faustino...

SAL.—Basta con que los haya usted cumplido. La Junta examinará el detalle. ¿Fué usted solo?

ANS.—¡Oh, no, señoral Por reglamento han de ir dos vocales, y aunque nuestra misión es eminentemente paternal y caritativa, debemos evitar, yendo uno solo, que la calumnia pueda algunas veces creernos más padres de lo que somos...

SAL.—¡Don Anselmo!

ANS.—(*Aparte a doña Salomé.*)—Como injustamente le ocurre, entre otros, a nuestro respetable convecino don Fernando, que le achacan varios huérfanos.

SAL.—¡Don Anselmo! ¡Confío en que las niñas no lo habrán oído!

ANS.—Confíe usted en eso, sí, señora. Me acompañó el alcalde.

SAL.—¿El alcalde?

ANS.—Como vocal nato. Por cierto que me habló de una pasión avasalladora...

SAL.—¿Por quién?—(*Riendo.*)—Catalina Ríofuertes y Jiménez del Alamo, alcaldesa de pueblo? A ese infeliz se le ha subido la vara a la cabeza.

ANS.—En sentido figurado, opino como usted.

SAL.—Catalina... ¿sabes quién te pretende? El alcalde.

CAT.—No es mal muchacho.

SAL.—No; pero en este aspecto, su aspiración es ridícula.

ANS.—Virtualmente ridícula.

CAÑ.—Ridícula del todo.

SAL.—A ti no te pedimos todavía tu opinión.

CAÑ.—(*Humillado.*)—Perdón, señora...

CAT.—(*Tocándole en el hombro.*)—Extiende las partidas totales. ¿Quieres Cañamón?—(*Acercándose.*)—¿Qué, hay don Anselmo?

ANS.—Nada. Lo de don Aquilino...

SAL.—¿Alguna mamarrachada nueva?

ANS.—Con esa patulea que le sigue, ha ido varias noches a dar serenata a la Matilde, la mujer más caritativa del pueblo.

SAL.—¿Tantas bondades hizo?

ANS.—Sí, señora. Ha estado para casarse tres veces y las tres ha desistido del matrimonio a última hora.

CAT.—Por eso la llaman la gracia de indulto.

ANS.—Y el hermano, que siempre fue algo arrimado a la última vértebra, se armó de tranca, y cuando anoche volvieron, a todos, pero especialmente a don Aquilino, que corría me-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APR 16 1925 MONTERREY, MEXICO

nos, les arreó una de palos más que regular.

SAL.—Me alegro, a ver si escarmienta.

ANS.—Y el otro cuentecito local, se lo referiré si usted me concede una audiencia o entrevista particular.

SAL.—¿Me interesa a mí? Déjanos un momento, Catalina.

CAT.—Filomena, ven.

(Mutis Filomena, Catalina y Cañamón por el foro).

ESCENA V

DOÑA SALOMÉ y ANSELMO

ANS.—Primer extremo. Reconociendo el mérito personal del señor alcalde, debo sin embargo prevenir a ustedes para que estén prontas, una vez más, a defender los prestigios de su notabilísima ascendencia, aunque en esta circunstancia especial y por referirse a Catalina, sea descendencia.

SAL.—¡Don Anselmo Pérez!

ANS.—Nadie podrá desmentirme en afirmar que usted y su hija no tienen mejor amigo que yo desde la muerte de su esposo, que en paz descansemos. Mas ya que en la familia, limitada

a usted y a Catalina prepondera el sexo femenino, yo me ofrezco como varón a sostener la causa de ustedes en el terreno que fuera menester.

SAL.—Muchas gracias.

ANS.—¿He dicho en cualquier terreno?

SAL.—Sí, señor.

ANS.—Pues está dicho.

SAL.—Gracias. Pero de acudir a alguien, sería llamado antes mi sobrino Narciso.

ANS.—¿El señor Conde de Río fuertes?...—*(Pausa.)* Segundo extremo de nuestra conversación. Usted no desconoce cuánto queremos a don Narciso...

SAL.—¡No, don Anselmo, no! No le queremos: le querrá usted y le quiero yo: separados. ¿Qué desea usted decir?

ANS.—Contando con su venia, emplearé una perifrasis.

SAL.—¿Eh?

ANS.—Para explicar la posición actual de la Maximina.

SAL.—Ya sé quién es.

ANS.—La Maximina, aunque temporalmente, está adscrita a la mansión de don Narciso.

SAL.—¿Cómo?...

ANS.—Desarrollaré el tema. Maximina es la esposa irregular del señor Conde.

SAL.—¡Imposible!

ANS.—Y mora con él.

SAL.—¡Imposible! ¿En su casa?

ANS.—En su casa. ¡Bajo el techo Condall... Tenemos una contrariedad horrendal

SAL.—No puede ser.

ANS.—Auténtico, amiga mía, auténtico. Lo sé por los padres de ella.

SAL.—¡Valientes!...

ANS.—Cuando lo supieron iban a maldecirla, pero les ha pedido perdón en una carta con corona...

SAL.—Tienen que ser unos sinvergüenzas.

ANS.—No, no. ¡Si viera usted las lágrimas que se vierten en aquel hogar, exrespetable, cuando reciben las cartas de la hija con la módica pensión que les remite!... Es un cuadro abrumador.

SAL.—No hablemos más.

ANS.—Y los padres no quieren ni ir a cobrarla. Mandan siempre a otro.

SAL.—No hablemos: me repugna.

ANS.—He cumplido mi penoso deber en previsión de que llegue a oídos de nuestra Catalina.

SAL.—¡Mía, don Anselmo, mía!

ANS.—¡De usted, sí señora, de usted! Una palabrita aún. ¿Tendría usted inconveniente en proponer para el curato de Valleolivos, que es de presentación de ustedes, a un virtuoso sacerdote?...

SAL.—¿Quién es?

ANS.—Un ahijado mío.

SAL.—Pero, usted, ¿cuántos ahijados tiene?

ANS.—Varios, señora: ¿pero qué culpa tengo yo de que las madres me concedan con abundancia esta distinción espiritual?

SAL.—Ninguna. Deme usted el nombre, y ya veremos.

ESCENA VI

DICHOS. CATALINA, BONIFACIO y CAÑAMÓN por el foro

CAT.--¿Terminaron?)--*Al gesto afirmativo hace seña de que pasen.*)

BON.—Buenas tardes. Aquí están los sombreros y las cintas y los cachivaches y los demonios, que me han mandado traer.

CAT.--*(Risueña.)*--¿Quién te ha mandado traer demonios, Bonifacio?

BON.—Usted disimule, doña Catalina. Es un

modo de decir que con tantos mandados me...

SAL.—¿Me?...

BON.—Usted disimule, doña Salomé... va a salir peor.

SAL.—¡Que no tenga yo que reprenderte más, Bonifacio!

BON.—De mis palabras no hay queja, señora ama, que me las trago bien a tiempo.

SAL.—No repliques.

BON.—Ese es otro carro.

CAT.—¿Qué viene ahí?

BON.—Todo lo que han puesto en el papelucho, que me costó una porrada de cuartos: y cuanto más pequeñitas son las cosas más dinero cuestan. ¡Es mucho país aquell

SAL.—Están los precios que asustan.

BON.—Como que a Madrid no se puede ir más que de ladrón.

ANS.—(*Espantado.*)—Apreciable Bonifacio...

BON.—Bueno, a otras partes también; pero quiero decir más seguro.

CAT.—Ya lo arreglaste.

ESCENA VII

DICHOS y FILOMENA por el foro

SAL.—Filomena...

BON.—(*Riendo y yendo a ella.*)—Filomenilla, buenas tardes.

SAL.—¡Bonifacio!

BON.—(*Cortado.*)—Usted disimule, pero vamos, que un saludo no es ninguna fechoría... y va para una semana que no nos vemos.

SAL.—Saluda más fino.

BON.—Sí, que le voy a dar la mano como a las señoritingas...

SAL.—Recoge todo eso.

BON.—Este paquete no es de aquí. El señor Matías me pidió que le mercara un cinturón para él y dos ronzales para los machos. Juntos vienen: él sabrá cómo los reparte.

CAT.—Mal: ya lo verás.

SAL.—Un momentito, don Anselmo. Vamos, Filomena.

(*Mutis Salomé y Filomena con los paquetes por la izquierda.*)

ESCENA VIII

CATALINA, BONIFACIO, ANSELMO y CAÑAMÓN

BON.—Jabones y cepillos los he comprado en la tienda de Bruno, que es paisano.

CAÑ.—¿El nieto de la Vicenta?

BON.—Ese. Era sobrino del perfumero, y cuando el perfumero murió, la tía viuda le ha llamado. Está en grande.

ANS.—En un buen comercio, y de sobrino de la dueña...

BON.—Eso no. Me ha dicho que no lo tiene de sobrino, sino de recuerdo.

CAÑ.—Mejor aún.

BON.—Ahí van las perras que sobraron y los recibos.

CAT.—Entérate, Cañamón.

BON.—Me dió usted cuarenta duros...--(Siguen hablando.)

ANS.—(A Catalina.)—Aunque los saludables consejos de su señora mamá impedirían sospechar en ninguna circunstancia que usted aceptara un enlace desigual...

CAT.—Sí, señor...

ANS.—Sí, señor; ¿que sí o que no?

CAT.—Que lo impedirían.

ANS.—Me congratulo profundamente de hallar en usted tanta serenidad de juicio y tanta firmeza de convicciones. ¿Un enlace desigual?... Prométame usted que jamás, jamás...

BON.—¿Se entera usted de las cuentas, o qué?

CAÑ.—(Que miraba a Catalina.)—Sí, hombre, sí.

BON.—¿Y están cabales? Pues al libro para que no haya enredos.

CAÑ.—Inmediatamente.

CAT.—¿Bonifacio?

BON.—Mande usted.

CAT.—¿No te dieron ninguna carta?

BON.—Carta, carta... pues verá usted lo de la carta. Como en Madrid lo hacen todo al revés, allí duermen la siesta antes de almorzar.

ANS.—Antes, no.

BON.—¡Digo! Fui a la una y dormía; fui a las tres y almorzaba... Conque al fin le entregué la de ustedes...

CAT.—¿En propia mano?

BON.—Lo que se dice en la mano, en la mano,

no señora. Pero casi... se la entregué a la Maximina.

(Cañamón deja caer un libro al suelo, lo recoge y mutis por la izquierda.)

ESCENA IX

CATALINA, BONIFACIO y ANSELMO.

ANS.—*Aprovechando el momento en que Catalina mira a Cañamón, da un codazo a Bonifacio.*—¡No seas bruto!

CAT.—*(Volviéndose lentamente, a Bonifacio.)*
—¿Maximina?

BON.—Sí... la señorita ama de llaves que... ¡bueno! y me dijo que el señorito don Narciso ya contestará a ustedes.

CAT.—¿Y en eso has tardado cinco días?

BON.—Sí, señora. Cuatro para no entregarle carta, y uno para que no me conteste. Cinco justos.

CAT.—*(Secamente.)*—Estará muy ocupado.

ANS.—Debe trabajar mucho.

CAT.—Y por la hora a que se levanta, debe descansar mucho.

ANS.—Es la compensación que demanda la Naturaleza.

BON.—El que me contaron que andó por allí más loco...

ANS.—Anduvo, Bonifacio, anduvo. Si no tienes reparo en ello.

BON.—Para lo que varía el cuento... El que anduvo más loco que una cabra y dando más vueltas que un trompo, fué don Aquilino.

CAT.—¿Aquilinito?

BON.—No, no; el padre. Con el aquel de vigilar al niño para que el niño no se pierda, se está perdiendo el padre a todo vapor...

ANS.—Ausencia de sentido moral...

BON.—Los dos han correteado juntos por los cafés de camareras y las funciones esas *calipticas*.

ANS.—A que yo no he ido todavía.

BON.—Pues se va usted retrasando mucho, don Anselmo.

CAT.—Vaya, Bonifacio, a tus quehaceres.

BON.—Y lo peor que me han dicho es que da el escándalo para nada: va a esos teatros y se queda dormido en la butaca. ¡A mi parecer dormiría mejor en la fonda!

CAT.—Y al mío. Vete, vete...

BON.—Para servir a ustedes.

(*Recoge el paquete.*)

ANS.—Despidame de doña Salomé.

CAT.—¿Hasta la noche?

ANS.—Hasta la noche, Dios mediante.—(*A Bonifacio.*)—¿En esas funciones es donde se presentan las señoras muy desprovistas de ropa?

BON.—¡Cal... ¿Desnudas?... no señor. Todas llevan algo para tapar algo... Es una engañifa.

ANS.—Preferible, Bonifacio, preferible. Los espectáculos no morales...

(*Mutis Anselmo y Bonifacio por el foro.*)

ESCENA X

CATALINA; ISABEL por la derecha

CAT.—(*Un momento pensativa.*)—¡Isabell... Pascual Olmedo ha decidido dirigirse a mí.

ISAB.—Me alegro.

CAT.—No te alegres aún.

ISAB.—¿Le rechazarás también?

CAT.—También.

ISAB.—Por tu madre... ¿verdad?

CAT.—Es nieto de unos labradores...

ISAB.—¿Dónde va ya eso! Su padre era un se-

ñor rico, un señor; y él se ha educado en el extranjero. No hay en Matavilla quien se le parezca.

CAT.—Es nieto de unos labradores... Mi madre le rechazó ya.

ISAB.—¿La habló?

CAT.—Sin hablar.

ISAB.—Estás destinada a volar muy alto, y es justo que mires con vanidad tus propias alas... ¡pero si yo me encontrase como tú, encerrada en el ambiente mezquino de un pueblo, sin espacio para volar!... ¡Si yo fuera águila y me viese entre los barrotes de una jaula, de lo primero que renegaba era de las alas!

CAT.—Es mi deber...

ISAB.—Es... y ya vendrá quien reuna lo que tú mereces.

CAT.—¡Ya vendrá!...

ISAB.—Y si no el primo Narciso...

CAT.—El primo Narciso, que se acordará de mí con espanto porque desde la niñez le advirtieron su obligación de adorarme... ¡Bah!...—(*Despreciativa.*)—¡Pero tú, que puedes seguir libremente tus afectos, síguelos, Isabell!

ISAB.—¿Yo?

CAT.—Eduardo bien se ha insinuado.

ISAB.—Puede ser por tí, que los mereces más.

CAT.—Por mí, no. Pero averígualo.

ISAB.—¿Por qué no me habla entonces?

CAT.—Averígualo.

ISAB.—¿Yo?

CAT.—¿Le quieres?... Pues queriendo, la única torpeza es no decirlo.

ISAB.—Empezar yo la conversación...

CAT.—Al final, ¿quién se acuerda del que empezó?

ISAB.—Lo averiguaré. Y tú, Catalina, tú que das tan buenos consejos, ¿cómo no los sigues tú? Si no quieres a ninguno, complace a tu madre. Me lo explico... Pero si tu corazón y tus simpatías se inclinan de un lado, ¿por qué titubeas?

CAT.—Por el nombre...

ISAB.—Vas equivocada completamente. El de Pascual es más feo, pero suena más a hombre.

CAT.—Y por mis antepasados.

ISAB.—¿Tus bisabuelos y bisabuelas?... En el cielo o en el purgatorio, por donde anden, y ya ves que los pongo a andar por buenos sitios, maldito lo que se preocuparán de tus intenciones.

CAT.—Si fueran tan falsas estas ideas, ¿por

qué mi madre las tendría tan arraigadas?

ISAB.—Porque no son falsas sino exagerándolas. Y además, porque tu madre no vive en el mundo: se ha encastillado en este rincón y en este nido inaccesible de sus prerrogativas, y, ni bajais vosotras, ni los demás se atreven a subir.

CAT.—Hablas apasionada por tu afecto a mí...

ISAB.—Uno de los fundamentos que tiene tu madre para no llevarte a Madrid, es el temor de que vieras allá, como en todo el mundo, que las razas nobles, para no extinguirse, con las plebeyas se alían, se cruzan, se unen, y cuando corre mucha prisa, con mucha prisa se venden...

CAT.—¿Se venden?

ISAB.—Cuando las compran, sí: en otro caso no.

CAT.—Yo no puedo aceptar tus pensamientos...

ISAB.—No los aceptes: ya te los impondrá la vida.

(Haciendo medio mutis al foro.)

ESCENA XI

DICHOS Y DON AQUILINO por el foro

AQUIL.—¿Es para recibirme?...

ISAB.—Sí, señor. ¿Y el niño?

AQUIL.—Ligeramente resfriado.

ISAB.—¿Y usted le abandona?

AQUIL.—Vuelvo inmediatamente.

CAT.—Dile a mamá que está aquí don Aquilino.

(Vase Isabel por la izquierda.)

ESCENA XII

CATALINA Y DON AQUILINO

AQUIL.—¡Qué chiquilla tan encantadora y tan inteligente!

CAT.—Mucho. Es la que lleva el peso de la casa.

AQUIL.—Y usted.

CAT.—Ella más que yo. Y aún le sobran horas para cuidar el jardín, con su manía de inger-tos y de flores raras.

AQUIL.—De que puede estar muy ufana. La colección de claveles es deliciosa.

CAT.—¿Y las begonias?

AQUIL.—Admirable.

CAT.—¿Y las rosas?

AQUIL.—Divinas. Especialmente esa variedad de las grandes, rosadas, con un perfume tan sutil y tan intenso...

CAT.—¿Las Francias?

AQUIL.—Sí... esas que huelen a cocottes viejas... son maravi...

CAT.—¡Don Aquilino!...

AQUIL.—Lo dijo un forastero...

CAT.—Pero si usted no lo repitiera...

AQUIL.—Hay que dispensarme porque vivo un poco traspapelado...

CAT.—No será por la escasez de diversiones.

AQUIL.—¿También usted con puntaditas?

CAT.—En el vestido.

AQUIL.—Algún chisme de algún desocupado...

CAT.—No, no. Tendrá usted sus defectillos, pero nadie se los niega.

AQUIL.—Siento que me hagan esa justicia. Sobre todo ustedes, en quienes me compensaría un poco gozar de buen concepto: pero yo tengo la culpa por demasiada franqueza. Si a mis distracciones las llamara neurastenias, y, como don Anselmo, a los deslices les llamara ahijados, aún me compadecerían encima.

CAT.—Siéntese, siéntese.

AQUIL.—(Quejándose al sentarse.)—¡Ay!...

CAT.—(Risueña.)—¿Qué es eso?... ¿no se encuentra usted bien?

AQUIL.—Sí, sí...

CAT.—Parece que está usted algo derrengado.

AQUIL.—Algo... Neuralgia.

CAT.—¿En la espalda?

AQUIL.—No, más abajo.

CAT.—¡Ah!

AQUIL.—No, más arriba; en la cintura.

CAT.—¿Desde anoche?

AQUIL.—Sí, desde anoche... ¡ay!

CAT.—¿Fueron ustedes de rondalla?

AQUIL.—Fuimos por casualidad; y por verdadera casualidad hemos vuelto.

CAT.—Sanos...

AQUIL.—Con la neuralgia, hija. Me satisface mucho que lleve la conversación a ese incidente: yo no puedo continuar la existencia así...

CAT.—Usted es muy joven aún.

AQUIL.—Excesivamente joven, sí señora. Lo confieso. Si embargo, estoy decidido a cambiar.

CAT.—Usted sabrá.

AQUIL.—Vamos a ver, Catalina, ¿por qué no me ayuda usted a buscar una novia?

CAT.—¿Para usted?

AQUIL.—Para mí no, porque después tendríamos que buscar el novio. Para Aquilinito.

CAT.—¡Deje usted al niño que se las arregle solol

AQUIL.—¡Es que no se las arregla!

CAT.—¿Está enamorado?

AQUIL.—Sí, de usted.

CAT.—Lo siento en el alma, porque...

AQUIL.—Bueno; pues de Isabel.

CAT.—¡Pero eso no es estar enamorado!

AQUIL.—No, señora. Ya le he dicho a usted que él solo no se las arregla. Soy yo el que elijo a ustedes.

CAT.—¿A las dos?

AQUIL.—¡A una! ¡A una! Lleva una juventud atropellada; tengo miedo de cualquier avería en la salud, y si una mujer de las condiciones excellentísimas de usted le hiciera caso, se enamoraría seguramente.

CAT.—Lo siento.

AQUIL.—Hágame usted el favor, Catalinita...

CAT.—Usted no sabe lo que dice.

AQUIL.—Es muy posible: pero se trata de salvar al niño...

CAT.—¡Caramba con el niño! Que lo salve su abuela.

AQUIL.—Es un muchacho muy dócil...

CAT.—No lo niego.

AQUIL.—Tiene una fortunita...

CAT.—Tendrá.

AQUIL.—Y es muy honrado.

CAT.—No lo dudo.

AQUIL.—Vamos, anímese usted.

CAT.—(Seria.)—¡Don Aquilino!

AQUIL.—O anime usted a Isabel.

CAT.—Quiere a otro.

AQUIL.—Que lo deje.

CAT.—Y la corresponden.

AQUIL.—Qué más da eso. La cuestión es casarse. Y Aquilinito será un buen marido, un buen...

CAT.—Isabel quiere a otro.

AQUIL.—¿Y qué?... Ya sabemos que todas han querido a otro...

CAT.—Tantas muchachas como hay por el pueblo...

AQUIL.—Ninguna comparable a ustedes.

CAT.—Si no existiera ese cariño por medio, quizás Isabel...

AQUIL.—Y usted que no quiere a nadie, ¿por qué no quiere usted a Aquilinito? Es tan poquita cosa que sería continuar no queriendo.

CAT.—Le estimaré a usted que mudemos de tema.

AQUIL.—Catalina... Catalinita...

CAT.—Pero don Aquilinito... que el disminu-

tivo le cae a usted mejor que al niño; don Aquilinito, ¿no comprende usted que es poco airoso, con las canas de usted, andar pretendiendo novias? Que las pretenda él.

ESCENA XIII

DICHOS Y SALOMÉ por la izquierda

SAL.—¿Novias?... ¿Qué significa eso?

CAT.—Don Aquilino que ha tenido la amabilidad de apasionarse por nosotras.

SAL.—¿Usted?...

AQUIL.—Para el niño...

CAT.—El no ha pensado en eso.

AQUIL.—Sí, lo ha pensado. Hablo yo en nombre del padre, del hijo...

CAT.—Amén.

SAL.—¡Que siempre ha de colocarse usted en evidencia, don Aquilino!...

AQUIL.—¿Siempre?

SAL.—Siempre. Todos lo dicen.

AQUIL.—¡Válgame Dios! Y cuántos son a decirlo... Con menos se sabría igual.

SAL.—Usted no ha reflexionado en la incorrección que demuestra pretendiendo entrar en una familia y en una casa formal, al día siguien-